



LA TRIBUNA DEL DOMINGO

RICARDO RIVERO (RECTOR) Y SANTIAGO M. LÓPEZ (DIRECTOR DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS DE LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA)

Ante el desafío de la inteligencia artificial

EN los próximos treinta años la posibilidad de que casi todo cambie es un escenario plausible. Cambiará la manera de producir y de trabajar, la de estudiar y formarse, la de relacionarse con la naturaleza y alimentarse, la de disfrutar de la vida y cuánto y cómo vivirla. Estas transformaciones están llamando a la puerta de nuestras casas, empresas, hospitales, juzgados, universidades, partidos, gobiernos y parlamentos, creando esa sensación incómoda de desasosiego, de estar permanentemente en crisis y a la vez en construcción.

Así que nos acostamos pensando que "mañana será otro día", con la esperanza de que al levantarnos haya más certidumbres y en el panorama empiecen a aparecer asideros. Pero al día siguiente nos encontramos con nuevos cambios que, a los pocos meses, parecieran llevar con nosotros toda la vida. A este devenir es lo que se ha dado en llamar "la sociedad líquida", porque es como si todo fluyera y no pudiéramos tener referencias claras y estables.

Evidentemente la sociedad líquida aumenta los riesgos y crea incertidumbre. Ante ello podemos paralizarnos, ser tan cautos que nos quedemos en el pasado. También podemos ser indolentes y dejar que la corriente nos lleve. O podemos tomar conciencia y analizar críticamente lo que acontece, tomar medidas y perspectiva. Los protagonistas del cambio, de ese fluir constante somos nosotros mismos. Permitásenos dos ejemplos de rabiosa y permanente actualidad: el neolítico y el cambio climático.

Se puede pensar que las apariciones de la agricultura en diferentes partes del planeta entre hace más de 10.000 años y hasta hace unos 3.000, de aquí que sea más apropiado hablar de neolíticos y no del neolítico, fue fruto de la determinación de unas plantas y unos animales que decidieron utilizarnos a la especie homo sapiens para que ésta los cultivase, los cuidara con denuedo y los hiciera predominantes asegurando su expansión en toda la superficie del planeta. Esta descripción tiene el valor de hacer que cambiemos de perspectiva y, por ende, nos permite ser, si queremos, aún más conscientes de que los pasos a las sociedades agrarias han sido fruto de procesos decididamente humanos. Ahora bien, también se podría pensar que las seis o siete veces

que los humanos han puesto en marcha la agricultura en diferentes partes de la Tierra han sido producto de la mera casualidad. En consecuencia, se podría sostener que estos fenómenos han sido una derivación del albur de las circunstancias, y no fruto de la decisión humana. Esta postura complaciente es al final equivalente a la de creer que fue el trigo o el maíz los que nos "domesticaron" y no nosotros a ellos. Pues no, la agricultura es cosa nuestra.

Con el cambio climático cabe tomar las posturas de

Somos ciudadanos porque hubo Ilustración.
Y ¿cómo reflexiona un ciudadano ilustrado? Pues lo hace científicamente

indolencia y complacencia similares. Podemos sostener que es el planeta y el sol son los que determinan el calentamiento global. O achacarlo a multitud de circunstancias ajenas a nosotros, como la emisión de metano por parte de los escarabajos en los bosques boreales. Sin embargo, los exhaustivos estudios de miles de científicos indican que es la civilización la que marca la pauta. La marcha del calentamiento se pega a nuestra actividad en un grado de relación tal, que resulta complicado buscar

Hacer "Ciencia en sociedad" supone también incorporar el criterio de los destinatarios de los logros investigadores a su desarrollo

evidencias de que la relación es espuria.

Una manera de evadir el hecho de que hemos sido y somos los protagonistas de los cambios es, por una parte, sumergirnos una vez más en el pensamiento mítico. Esto supone achacar a los dioses la venida de la agricultura, o pensar que el calentamiento es el castigo impuesto por Gaia (la diosa Naturaleza) a los humanos. Por otro lado,

demostrar cerrar los ojos y pecar de optimismo tecnológico, pensando que siempre se ha encontrado la manera de salir adelante gracias a nuevas infraestructuras, máquinas y productos: los inventos del hombre blanco. Pero ni los dioses ni los inventos están ahí afuera así porque sí. Ambos son frutos de la reflexión humana sobre sus circunstancias y problemas. Pero ¿cómo reflexionamos?

Las personas reflexionan en función de la cultura que los rodea. Desde hace más o menos dos siglos las personas en su estructura mental nos consideramos ciudadanos. Somos ciudadanos porque hubo Ilustración. Y ¿cómo reflexiona un ciudadano ilustrado? Pues lo hace científicamente. Es aquí donde aparecen las expresiones universitarias y universales que nos son tan queridas: pensamiento crítico, experimentación, búsqueda de evidencias, argumentar para convencer, comprobar las pruebas una y otra vez por diferentes personas, comparar fuentes, poner a prueba las hipótesis más descabelladas, dudar, dudar y dudar, la duda metódica. Esto es lo que realmente enseñamos en la universidad, se practica sistemáticamente minuto a minuto en los centros de investigación y guía la práctica de médicos y letrados. Por eso la opinión que de científicos y científicas tiene la población es la más alta de todas las profesiones. Pero esto no sería posible si la población no tuviera una cultura científica alta y consistente.

Cultivar la cultura científica es también misión de la Universidad. La de Salamanca lo demuestra cada primavera hace años con la programación de actividades dirigidas a personas de todas las edades, jornadas de puertas abiertas de nuestros centros y laboratorios y multitud de charlas divulgativas que imparten excelentes investigadores e investigadores para mostrar los avances en cada campo. Recientemente hemos participado también en la iniciativa Pint of Science, llevando la exposición de resultados de proyectos a los bares, un éxito de participación que se repite cada año.

Hacer "Ciencia en sociedad" supone también incorporar el criterio de los destinatarios de los logros investigadores a su desarrollo. Pensemos en las organizaciones de personas afectadas por distintas enfermedades, en las posibilidades de contar con datos masivos aportados voluntariamente para comprender mejor la realidad, en modelos de trabajo en red con miles de individuos sumando la potencia de sus equipos informáticos para multiplicar las capacidades de análisis como nunca antes. ¿Pueden los ciudadanos contribuir a realizar día a día el progreso científico? Sin duda.

El lunes próximo se presenta en la Universidad de Salamanca a las 19 horas en el "patio" interior del Edificio I+D+i de la Calle Espejo la Asociación Española para el Avance de la Ciencia. La AEAC es eso, una asociación de ciudadanos convencidos de que las dudas se resuelven con la ciencia y las decisiones han de tomarse con criterios científicos. Demostremoslo aprovechando las profundas raíces humanistas de la Universidad de Salamanca, afrontando el desafío de una inteligencia artificial que nunca debería sustituir al ser humano.

